

los fueros de sus vasallos á quienes atropellaba por un instinto de crueldad , no por razon alguna de conveniencia. Como hombre era vicioso , artero , desleal é inconsecuente, cínico en sus torpes escesos , y hasta en su lenguaje grosero. Defendiendo la religion con una ferocidad incansable, se burlaba de ella y despreciaba sus creencias; jamás tuvo un amigo, ni en su corrompido corazon se abrigaron afecciones ni sentimientos dulces; hasta el amor paternal, ese instinto poderoso que no abandona al tigre ni á la hiena , llegó á faltar en aquel pecho malvado en alguna ocasion , pues refiere la historia, que en una de sus últimas enfermedades, firmó un decreto arrancando á sus hijas el derecho de sucesion á la corona. El honor fué para él una palabra vacía de sentido, y un objeto como todos los demás, digno sólo de escarnio. Refiere un historiador extranjero, que cuando Fernando VII trató de casarse con Doña María Cristina, su cuarta mujer , el partido apostólico, que apoyaba las pretensiones del Infante D. Cárlos, intentó por cuantos medios estaban á su alcance estorbar este matrimonio, que podia quitarles toda esperanza de lograr su triunfo, dando al Rey sucesion legítima. El famoso canónigo Ostolaza, confesor del Monarca, y que pertenecia á aquel bando, se presentó un dia al Rey y le manifestó con palabras hipócritamente estudiadas, que se decia como cosa segura, que la princesa Cristina á quien S. M. queria honrar con su mano, habia sido madre ya á consecuencia de criminales deslices. Esta acusacion tal vez sería calumniosa, porque los hombres de aquel partido no se detienen en examinar la moralidad de los medios que emplean para lograr el objeto que se proponen, si los juzgan adecuados; pero de cualquier modo, debiera de haber afectado dolorosamente á un príncipe pundonoroso , y hubiera dado el resultado que sus autores se proponian, si el hombre á quien se dirigieron hubiera apreciado en alguna cosa su honor. Fernando VII, por el contrario, recibió esta noticia con notable sangre fria, y hasta con aparente júbilo , contestando al detractor con palabras truanescas, que lo celebraba infinito, puesto que si aquel matrimonio no le daba sucesion, no sería por culpa de su nueva esposa.

Este rasgo basta para juzgar la importancia que las máximas del honor tendrían en el corazon de aquel Rey.

Su avaricia es tambien proverbial, y no perdonaba medio alguno para satisfacer esta repugnante pasion: se cuenta que sus ministros vendian los empleos públicos al que más dinero ofrecia por ellos, y que partian despues con el Monarca el producto de aquel tráfico inmoral.

Cuando en tiempo del ministro Calomarde, se declaró puerto libre á Cádiz, los comerciantes de aquella ciudad tuvieron que pagar por esta merced seis mil onzas de oro, que se partieron entre el codicioso Rey y el astuto consejero, y se asegura, que si aquella franquicia no se prorogó á los tres años que fué el término por que estaba concedida, se debió á que los ingleses, para que no fuera arruinado el comercio de Gibraltar, compraron á mayor precio la revocacion de aquella merced que tanto fomentaba el comercio de los gaditanos.

La muerte, pues, de aquel Monarca inmoral no fué llorada por nadie, y más bien fué motivo de júbilo para todos: aquel hombre egoísta y cruel habia sabido enajenarse el aprecio de todos sus vasallos, fuesen del partido que fuesen, y liberales y realistas lo detestaban igualmente. La muerte de los déspotas es por